

el miedo a la realidad que atenazaba a aquel franquismo tardío, incapaz de enfrentarse con la sociedad a la que gobernaba. Una confirmación de la lúcida tesis de Giuglielmo Ferrero: en las dictaduras el pueblo tiene miedo al poder, pero el poder también tiene miedo al pueblo.

Este «testimonio personal», como él lo denomina, de Amando de Miguel es más que eso porque, como ya hemos dicho, el enfoque sociológico está en cada página y casi en cada línea. Me parece un documento importante para la historia de la transición, que, para Amando, «se gesta en el ambiente universitario en los quince últimos años del franquismo». Señala, en este sentido, cómo profesores universitarios estuvieron presentes en los incipientes partidos políticos e incluso en los medios de comunicación que, desde *Madrid a Cambio 16*, jugaron un papel decisivo en el proceso. Por eso es tan notable el testimonio de una persona que, como Amando de Miguel, se ha movido y se sigue moviendo con tanta soltura en ambos ambientes. Para quienes, además, compartimos inquietudes generacionales, un libro como éste, a pesar de ser tan personal, tiene trazos biográficos porque nos retrotrae a sucesos vividos o contemplados de cerca, que forman parte de nuestra propia experiencia vital.

Alejandro MUÑOZ-ALONSO

Enrique Gil Calvo

El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación

(Madrid, Alianza Editorial, 2003)

La sociedad actual es un gran *thriller* protagonizado por la opinión pública, referida como: «*institución encargada de controlar y hacer transparentes los actos de poder*» (página 200). Así podría sintetizarse el último libro del profesor Enrique Gil Calvo. Estaría en la línea de su forma de expresión, de un estilo con frases tan contundentes como ocasional y calculadamente ambiguas, como, en definitiva, ocurre en el género cinematográfico de referencia en el texto. Así, puede dejarse a un lado, como si fuera mero artilugio retórico, el homenaje que se realiza al cine, considerado con justicia como medio supremo. En el continuo juego entre lo real y lo virtual, donde lo real adquiere las características de la ficción y ésta se convierte, al menos en sus consecuencias, en realidad, se genera la duda de si el libro es una excusa, como el repetidamente referido McGuffin, para decir que la sociedad es como una película de suspense, o si éstas expresan la lógica de las actuales sociedades, convirtiéndose en género de representación paradigmático. Ahora bien, se distancia de obras recientes que pretenden contar Filosofía, Antropología, Historia o Sociología a través de las películas¹. Aun cuando

¹ Véanse Mary M. Litch, *Philosophy through film*, Nueva York: Routledge, 2002; Christopher Falzon, *Philosophy goes to the movies*, Nueva York: Routledge, 2002; anteceditos, aun cuando más cercano a la teoría del arte, del libro editado por Cynthia A. Freeland y Thomas E. Wartenberger, *Philosophy and film*, Nueva York: Routledge, 1995. En el panorama español destacan: Julio Cabrera, *Cine: 100 años de Filosofía*, Barcelona: Gedisa, 1999; la premiada Juan Antonio Rivera, *Lo que Sócrates diría a*

las referencias a títulos de películas abundan, no es la explicación sociológica en películas. Podría decirse que está presentado a la manera de una película de suspense, haciendo coincidir la forma con el contenido; pero no se trata de una sociología de las películas de suspense. Quede así claro que no es un libro sobre cine². Es una interesante, y seguramente polémica, monografía sociológica que rezuma celuloide por los seis costados del paralelepípedo. Donde, tal vez, el autor regresa simbólicamente, pues todo regreso es simbólico o imaginario, a sus originales intereses cinematográficos, poniendo para ello su extenso y plenamente actualizado saber sociológico. ¿Síntesis entre ambas vocaciones? ¿Venganza última del cine? Respuesta que sólo tiene su autor.

Desde el principio, el libro crea expectativas: una explicación sociológica de lo que nos pasa, un análisis fundado de las sociedades actuales, una oferta de sentido sociológico, aun cuando después éste se concrete en una realidad social sin sentido; pues a la pregunta del hacia dónde vamos se responde con la posmoderna conciencia de pérdida de destinos. La sociedad es como el protagonista de la serie de los sesenta *El fugitivo* o del título de Hitchcock *Con la muerte en los talones*, ambos citados en el texto: inocentes que sólo huyen, donde los medios

de comunicación masiva alumbran las fuentes del peligro. ¿Simple metáfora o prosaica alegoría? El libro se afana en demostrar lo que tienen de realidad y verdad las figuras retóricas. Conceptos como realidad y verdad que son hoy de compleja manipulación. Tal como queda subrayado en la obra, contienen distintas formas de verdad y realidad, que incluyen la no verdad —distinta de la mentira— y la no realidad o realidad construida —distinta de la irrealdad—.

Como quizá puede apreciarse, el tejido de espirales y matices del propósito es denso. Sin embargo, se realiza con una argumentación asequible y, sobre todo, con una escritura tan atractiva como rica, que hace que se mantenga la expectación durante el conjunto de la monografía.

Vayamos a una de las propuestas principales, aquella que puede tocar más de cerca el núcleo de la legitimación de un oficio como el de sociólogo: la sociedad actual es un *thriller* —sin director— y el protagonista es una opinión pública, tan llena de ansiedad como de expectativas, pues ambos elementos se alimentan. Una acosada opinión pública, enrareciendo su clima, que es uno de los conceptos-metáforas mejor abordados en los primeros capítulos. Los principales culpables o villanos: los medios de comunicación y los políticos; poderes a los que

Woody Allen: *cine y filosofía*, Madrid: Espasa, 2003; Juan José Muñoz García, *Cine y misterio humano*, Madrid: Rialp, 2003. Queda nuestra obra de referencia, más próxima a algunos de los ensayos incluidos en Vicente Domínguez, *Los dominios del miedo*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2002.

² Cabe recordar al respecto la ya clásica obra de Morin, como un intento precursor de integrar sociología, antropología y cine: Edgar Morin, *El cine o el hombre imaginario*, Barcelona: Paidós, 2001.

se dibuja —un tanto idealmente— como opuestos, cuando son patentes sus fuertes vínculos y alianzas estratégicas. Pero como en toda obra de suspense, incluyendo aquí la novela negra, la acosada y presunta víctima no es precisamente inocente. El propio hecho de que sea la opinión pública la que dirige el mundo, la hace responsable. Tal vez, incluso, responsable del acoso que sufre. Al respecto, puede anotarse un excesivo peso de la heteronimia de la opinión pública. Producida por la dinámica del sistema político y el sistema de medios de comunicación, es, paradójicamente, un motor del mundo que requiere de la energía de la amenaza y el halago proveniente de ambos sistemas, especialmente el mediático.

En el acento en la carencia de autonomía de la opinión pública se cargan las tintas. Se llega a afirmaciones tajantes como la relativa a la directa eficacia de los contenidos de los medios de comunicación sobre el público, al que engañan. Sin embargo, la película de suspense ganaría en complejidad y atraparía más al lector-espectador con algunas sombras de culpabilidad o complicidad en la propia opinión pública. En un clima de general desconfianza, asombra la credibilidad de los medios. La sociedad va a la deriva y no sólo es empujada a la deriva.

Una sociedad que parece condenada a ir a la deriva, sin sentido o con el único sentido de la incertidumbre, es empujada por una epidemia

tras otra. Ello arroja una imagen de concepción circular, donde se diluye la concepción de una evolución, más aún de progreso. No obstante, algo ha cambiado. Lo han hecho las dimensiones de la sociedad, hasta el tamaño de la inabordable globalización. También lo ha hecho el tamaño de la presencia de los medios de comunicación. Dos aportaciones a un paisaje de sentimientos y pasiones que parece inasequible a la historia. Es más, capaz de explicar la propia historia. Tal especie de condena proyectada a la actualidad da como resultado un clima de opinión atemorizado ante la incertidumbre. Una opinión pública llena de miedos, amplificadas por la acción de los medios de comunicación. Ahora bien, si la figura cíclica es la que domina la interpretación sociológica de la obra, cabría pensar que la incertidumbre se vería atemperada. Sólo habría que saber en qué momento del ciclo nos encontramos, ya sea en economía, en política, en la moda o en el propio clima de la opinión pública, centro de la monografía. Pero he aquí que es donde se establece el juego social: gana o pierde quien sepa aprovechar el momento del ciclo, adelantándose a los demás, ya sea comprando antes de que suban las acciones, ya sea vendiendo antes de que bajen. La sociedad es un gigante, en la perspectiva macro, o un pequeño, en la perspectiva micro, Wall Street: sacarán ventaja quienes, en lugar de guiarse por sus preferencias, sepan leer y adelantarse a las preferencias de los demás³.

³ Para una amena introducción, en clave matemática, de las interrelaciones entre la Bolsa y la opinión pública, véase el reciente libro de John Allen Paulos, *Un matemático invierte en la Bolsa*, Barcelona: Tusquets, 2004.

Conocer el momento del ciclo parece ser el reto ya no sólo para la sociología, sino para los individuos. Es más, la sociología hace así muestra de su intrínseco carácter reflexivo: sirve como observatorio de tales ciclos, en el que los sujetos se miran especularmente, como, sobre todo, permite mirar a los demás. Los referidos ciclos no son el resultado de objetivas olas, sino de la actuación subjetiva del conjunto, más o menos articulado, de individuos.

Para el aprovechamiento del círculo, los individuos se alimentan de información experta, como la de la sociología o la economía, y de algo que se encuentra entre el don de la oportunidad y la intuición o las sensaciones. El primero de los elementos arroja el valor del oportunismo, donde la especulación es un salvoconducto y no una transgresión moral. Oportunista es el que se adelanta acertadamente, en el momento preciso, a la evolución de los ciclos. El segundo, tomado colectivamente, conforma el clima de opinión. La síntesis de ambos, la capacidad de los individuos para el juego de la sociedad, de tal manera que, al estilo de los jugadores del sentido práctico de Bourdieu, obtendrá mayor rendimiento del juego quien tenga incorporadas sus reglas, quien casi corporalmente sepa leer lo que harán los demás.

Este juego de la sociedad tiene, al menos, dos posibles versiones. Una arriesgada, la del verdadero oportunista que se adelanta al movimiento de los demás. El profeta weberiano pertenecería a esta especie de oportunistas. Versión arriesgada porque puede equivocarse y perder: hacer el ridículo en la moda, arruinarse en bolsa, etc. Desde la humana, aun cuando

tal vez habría que decir animal, aversión al riesgo, es la versión minoritaria. La versión conservadora es la que nos lleva a actuar como los demás y, si puede ser, de manera más o menos simultánea a su comportamiento. Aquí el acertado modelo que se propone es el de los juegos cooperativos de Axelrol. Un comportamiento individualmente conservador que, sin embargo, puede desembocar en desastre en algunos campos, como es el de la utilización de recursos escasos: si todos riegan en momentos de sequía, se acabará antes el agua y, al final, nadie podrá regar; ahora bien, si yo no riego y los demás lo hacen, me quedará igualmente sin agua y, además, sin haber regado; dando como resultado el adelantamiento del final de las reservas de tal recurso, salvo que medie la intervención de las instituciones. Entonces, aparecen elementos como el Estado, dispositivos para prevenir (peligros) imprevistos (por la propia lógica circular maltusiana, en la que uno de los elementos crece a mayor velocidad que otro). Intervención del Estado ante la competencia generalizada, que es la explicación por la que optan autores como Elias, discutido por el profesor Gil Calvo. No obstante, ha de subrayarse, es la versión más conservadora del juego social.

La paradoja: incluso lo menos arriesgado, como es hacer lo que hacen los demás (caso del riego en sequía), genera riesgos. Adelantarse al bucle de la sociedad, lo acelera: si vendo acciones porque creo que van a bajar, pueden terminar bajando si los demás hacen lo mismo. Sincronizarse al bucle, haciendo lo que los demás hacen, acelera asimismo el movimiento circular. Los resultados individuales pueden ser distintos, pero tienden a la asimila-

ción desde la perspectiva colectiva: la catástrofe, que es el aspecto más acentuado en esta obra, aun cuando se deja la puerta abierta para que, en lugar de círculos viciosos, también puedan producirse círculos virtuosos.

El motor de tales movimientos circulares no es otro que nosotros mismos. Por ello, la frase del frontispicio de este texto es, corrigiendo a Sastre: el infierno somos nosotros. ¿Cómo? Aun cuando el cíclico, cibernético y muy formal modelo de Ashby es un instrumento utilizado a lo largo del texto, especialmente en la primera parte, el profesor Gil Calvo acude a principios malthusianos, ya utilizados en estudios anteriores, como, por ejemplo, en los dedicados a la juventud⁴. Poco a poco, dada la densidad y extensión de la obra, nos encontramos con una serie de puntos cardinales que informan una autoría, una particular mirada sociológica y, es más, una explicación sociológica de lo que nos pasa. Pero volvamos a la pregunta ¿cómo operan los principios malthusianos? Por un lado, el incremento de las redes de interacción, de posibilidad de estar con los demás, aumenta el riesgo, como ocurre con los contagios. Por otro lado, el incremento de las redes de comunicación, de posibilidad de saber de los demás, aumenta las alarmas. Ello conforma una particular sociedad en la concreción de los círculos y bucles y que, por lo tanto, tenga su propia historia. Una sociedad de bucles en movi-

miento acelerado, que vive en la angustia constante. Una sociedad en una historia de terror, en otro guiño al género cinematográfico, cuando la globalización ha multiplicado tanto las redes de interacción como las redes de comunicación.

El malthusianismo aplicado a la interacción y la comunicación produce, al menos, una primera duda: ¿puede separarse interacción y comunicación? ¿No es toda comunicación una forma de interacción y, a la inversa, toda interacción una forma de comunicación? La división en ambos conceptos analíticos evidencia la particularidad histórica de nuestra sociedad. Son una especie de dispositivos que permiten marcar la diferencia con momentos anteriores. Además, permite la separación entre opinión pública, fruto de las interacciones y las comunicaciones, de manera que las interacciones son el nutriente principal del clima de opinión; y, por otro lado, opinión publicada, como exclusivo producto de los medios de comunicación. No obstante, ha de reconocerse una débil frontera entre ambas, más si se tiene en cuenta la presión de la opinión pública sobre la opinión publicada —se dice lo que gusta escuchar— y de ésta sobre la opinión pública, más estudiada⁵. En el texto, la oposición entre interacción y comunicación es simétrica a la que se expone entre riesgo real y riesgo percibido, la realidad y lo simbólico. Pues bien, el autor establece

⁴ Enrique Gil Calvo, *Los depredadores audiovisuales. Juventud urbana y cultura de masas*, Madrid: Tecnos, 1985.

⁵ Para la relación entre opinión pública y opinión publicada en el contexto histórico español, véase Consuelo del Val Cid, *Opinión pública y opinión publicada. Los españoles y el referéndum de la OTAN*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1996.

una diferencia radical apoyándose en Russell: «*podemos llamar simbólica a toda conducta que define la realidad de algo pero sin formar parte de esa realidad*» (página 43).

Desde la religión a la ciencia, el ciclo maltusiano realiza tres pasos con marcadas resonancias weberianas: el de los profetas precursores, el de los apóstoles propagandistas y el de la extensión definitiva del éxito. Hasta morir de éxito, es decir, cuando todos quieren hacer lo mismo. Entonces ya empiezan las competencias agudas y el agotamiento absoluto de la posición original. Entonces, todo se vuelve excesivo.

El pesimismo de Malthus casa mal con el optimismo de Tocqueville, Elias o Castells, por situar tres autores distintos con los que discute la obra. El propio concepto de progreso se disuelve en incertidumbre. Comparar los miedos de las comunidades tradicionales con los miedos de la sociedad global contemporánea carece de sentido. Queda el miedo. Un miedo más arcano que los refranes que pueblan la argumentación del texto.

El clima de opinión es el miedo: a que las acciones bursátiles suban y no poder comprar, a que las mismas acciones bajen y no haber vendido; miedo a votar al perdedor, a no votar al ganador... Miedo a los otros. Un clima que, como desarrolla en el capítulo quinto, se convierte en epidemia. El miedo aparece incentivado por unos medios de comunicación descritos centrados en la representación de una nueva Edad Media repleta de víctimas, verdugos y bufones. Siguiendo a la clásica autora de la opinión pública —y a la que acertadamente tilda de conservadora— Noelle-Neuman, se subraya que se

vota por miedo, realizando una —tal vez excesiva— asimilación entre voto y opinión pública. Después, como se ha visto, se lleva la asimilación desde el sistema electoral al sistema de precios. Así, el miedo a perder en las elecciones, que es la pérdida de un partido o candidato, aparece como si se perdiera algo material y directamente propio. Sin embargo, la experiencia nos dice que, tras una convocatoria electoral, unos partidos o candidatos ganan, otros pierden y la mayoría de los ciudadanos asistimos más como espectadores que como inversores. A lo sumo, como inversores de expectativas.

La sociología, como producto de la modernidad, ha estado vinculada al progreso y, en cierta forma y salvo en los últimos tiempos de concentración en el riesgo, al optimismo. Incluso, desde esta última posición, autores como Beck realizan un ejercicio de modernidad. Sin embargo, el profesor Gil Calvo se inserta en otra sociología, que, en algunas ocasiones, parece cómplice de la posmodernidad a la manera de autores como Baudrillard, que, en otras, se nos muestra con una fuerza original, digna de ser tomada en cuenta.

Como profeta precursor de su sociología, tal vez el autor se esté adelantando a los demás, aprovechando su ocasión y su oportunidad. Una sociología que recoge del pasado, como la explicación del comportamiento colectivo por el contagio, en interacciones aleatorias sin estructura, y del presente, como no podría ser de otra manera, dado el extenso conocimiento del autor de la sociología reciente. Una sociología bien informada de escritura brillante, que, en su originalidad, incluye conceptos retóricamente potentes, como el de destrucción social de la

realidad, por parte de los tecnólogos, como guía de la sociología del riesgo y como la otra cara —la negativa— de la construcción social de la realidad, de la sociología del conocimiento científico del Programa Fuerte.

Construcción y destrucción social de la realidad que sirve de hilo conductor para establecer los distintos estatutos que adquiere tal realidad: salvaje, racional, vengativa, natural y, como parece ser con la que convivimos en estos tiempos, realidad cimarrona o realidad emergente. Una realidad que, a la vez, es consciente de ser producto de procesos de construcción y destrucción simbólica, y que surge con tremenda fuerza para convertirse en protagonista. Es ya una realidad que vive de y con la opinión pública, que requiere saltar sobre la grupa de una desbocada opinión pública, haciendo del mensaje del miedo su más eficaz propagandista (página 133). Como dice el título de esta multifacética, dinámica y, en ocasiones, polémica obra: el miedo es el mensaje.

Javier CALLEJO GALLEGO

Manuel Alcántara

¿Instituciones o máquinas ideológicas? Origen, programa y organización de los partidos latinoamericanos

(Barcelona, ICPS, 2004)

bastante distintos a los relacionados con la organización y el funcionamiento interno. El interés de los investigadores por lo que ocurre dentro de las agrupaciones es reciente. Los primeros trabajos datan de 1990, cuando diferentes politólogos comenzaron a abordar a los partidos como organizaciones, siguiendo las premisas de autores clásicos como Roberts Michels, Moisés Ostrogorski, Elmer Schattschneider o Richard Katz y Peter Mair respecto a los partidos europeos y norteamericanos. Michael Coppedge en su análisis de Acción Democrática de Venezuela, Steve Levitsky sobre el Partido Justicialista de Argentina o Jacqueline Jiménez Polanco sobre los partidos dominicanos son algunos de esos ejemplos. En esa línea es que, a partir de 1997, el profesor Manuel Alcántara, de la Universidad de Salamanca, inició una investigación de carácter comparado y sistemático que tenía como objetivo explorar cómo funcionaban las organizaciones partidistas de 17 países de la región.

Con ese proyecto, Alcántara no sólo estaba interesado en observar a unos actores específicos que hasta ese momento constituían una gran «caja negra», de la cual no se conocía mucho, sino que también estaba insistiendo en la centralidad de los partidos políticos en la dinámica de una democracia representativa. Como él mismo suele enfatizar: los partidos son elementos claves para el funcionamiento del sistema político. Éstos cumplen una serie de funciones, entre las que destacan la articulación de la competencia electoral; la creación de un universo conceptual que orienta a los ciudadanos y a las élites en cuanto a la comprensión de la realidad; la capacidad para concertar acuerdos en torno a políticas gubernamentales; la produc-

En América Latina, el estudio de los partidos políticos ha estado concentrado en aspectos